

BIBLIOTECA  
INFANTIL  
SEVILLANA



EL CRISTO DEL LORETO

ANT-XIX-1841/13

N. 43697



1  
P

608  
/2

EL CRISTO DEL LORETO



16 cms.

BIBLIOTECA INFANTIL SEVILLANA

---

---



EL  
CRISTO DEL LORETO



Cuento para Niños

(CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA)



SEVILLA

—  
Tipografía de *La Industria*, Sierpes, 19

1896

---

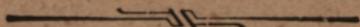
Es propiedad de D. Rafael  
Zambrano, autor y editor de  
la BIBLIOTECA.

Queda hecho el depósito que  
marca la Ley.

---



## EL CRISTO DEL LORETO



Dos caballeros, montados en briosos corceles, marchaban á buen paso por la carretera que conduce al Monasterio del Loreto. Ni se detuvieron en sitio alguno del camino, ni medió entre ellos el más pequeño diálogo. Una vez llegados á la puerta del convento, se apearon; y, sujetando las bridas de los caballos á una de las rejas de la fachada, se dirigieron por la estrecha senda que serpenteaba entre uno de los costados del edificio y el vallado del olivar vecino.

La pared del convento sólo tenía por

aquella parte una claraboya muy cercana al alero del tejado, y por bajo de ella, perfectamente adosada al muro, una gran cruz de madera con la efigie de Cristo, tallada toscamente en dura piedra caliza. Al pie de dicha cruz detuviéronse los dos caballeros: bueno es que sepamos que uno de ellos era muy joven, tendría á lo sumo diez y nueve años, que se llamaba Don Luis de Obrón; y que el otro le duplicaba la edad, y que había llegado á España procedente de Burdeos, según se decía, á desempeñar una misión delicada, y era conocido con el nombre de Don Luis Dervas.

—Ya que nos encontramos en el lugar convenido, á no perder tiempo, dijo D. Luis: estoy dispuesto á morir ó á lavar con sangre la ofensa pública, que habeis hecho al nombre de mi difunta madre.

—Mucho fiáis en vuestro arrojo y destreza en el manejo de la espada: ya veo lo impaciente que estais por acabar conmigo, pero cuidado no se vuelvan las tornas, soberbio é insensato joven.



Marchaban á buen paso....

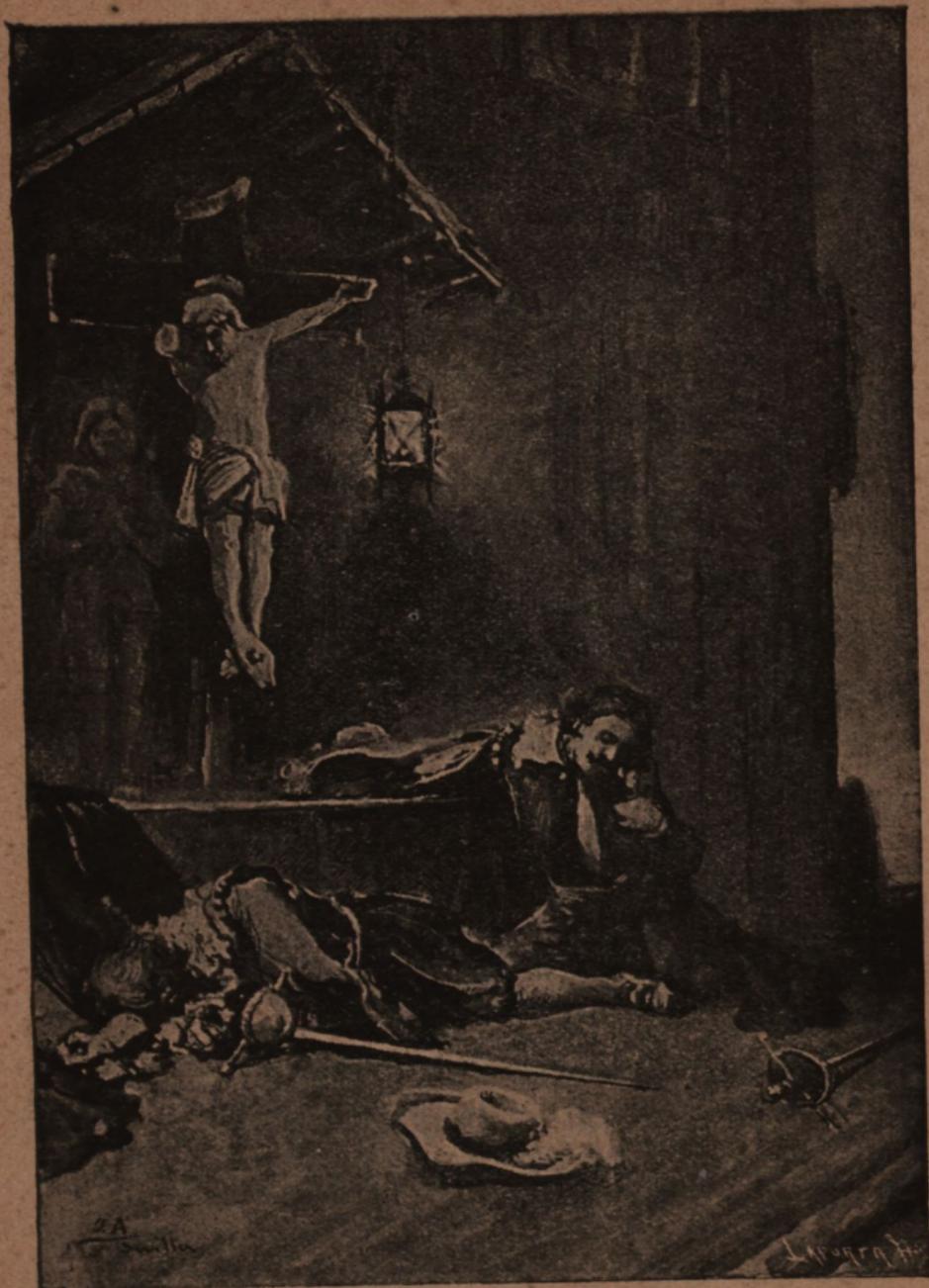
—¿Me llamais joven soberbio é insensato? ¿Entónces, con qué nombre deberé yo calificaros? Os llamaré viejo malvado é infame: sí, malvado, recordad vuestra conducta. Apenas llegásteis á España, me buscásteis, os hicísteis mi mejor amigo, os declarásteis mi protector; yo correspondí á vuestro proceder con afecto casi filial, y os referí con ingenuidad todas las desventuras y secretos de mi vida. Me preguntásteis si conservaba un hermoso relicario, recuerdo de mi querida madre: os dije que sí, que lo llevaba siempre sobre mi pecho, y que él me serviría de precioso talismán para que mi padre, cuya suerte ignoro, pudiera reconocerme. ¿Recordais cuales fueron entonces vuestras palabras? Pues fueron estas, no he podido olvidarlas: «Descuidad y tened confianza en mí, que no han de tardar muchos días sin que abraceis á vuestro padre.» Y despues.... después, ¿qué habeis hecho? Nada, la mayor indiferencia para conmigo, desaires, abandono, siempre buscando motivos para exasperarme y provocar disgus-

tos: ya no puedo aguantaros más: he apurado el cáliz de la paciencia con el ultraje hecho al recuerdo de mi madre. Así, pues, en guardia, que empieza á amanecer y pueden descubrirnos.

Salieron á relucir los aceros.

Un duelo á muerte y sin testigos, una lucha tenaz y sangrienta iba á entablarse entre aquellos dos hombres: lucha que terminaría con la vida de uno de los combatientes. Don Luis, joven y muy experto en el manejo de la espada, acosaba terriblemente á su adversario, haciéndole perder cada vez más terreno, hasta conseguir acorralarlo contra el muro. En uno de los ataques de Don Luis, cayó su adversario al suelo con la mano puesta sobre el pecho, al mismo tiempo que exclamaba:—¡Dios me valga, muerto soy!

El joven dirigió una mirada de compasión al que tanto le había ultrajado; después alzó los ojos hacia el Cristo crucificado, y con acento que partía del alma dijo: «Padre mio, perdóname y perdónalo.» No pudo ter-



Aquéllos 'dos hombres teñidos en sangre...

minar la frase, pues su adversario, que había fingido caer muerto, se levantó, y sin darle tiempo para la defensa, le asestó una terrible estocada, haciéndole caer desplomado sobre el terreno. Entonces se inclinó sobre el cuerpo de Don Luis, y, desgarrando el jubón del infortunado joven, le arrancó el relicario que descansaba sobre su pecho.

—Ahora la fortuna es mía: á poner en juego mis planes. Trató de levantarse, pero en vano. Un pesado cuerpo había caído sobre su cabeza, hiriéndole mortalmente: era un brazo del Cristo que, desprendido del tronco, parecía imponer el justo castigo á aquel infame y miserable asesino.

No pasó mucho tiempo sin que algunos campesinos viesan aquellos dos hombres teñidos en sangre, y, al parecer, exánimes. Dieron aviso al prior de la Comunidad, y éste hizo transportarlos al convento para prestarles los auxilios materiales ó espirituales que por su estado exigiesen.

Don Luis tardó muy poco en abandonar el lecho: su herida no había sido de grave-

dad, merced al relicario, que logró atenuar los efectos del arma homicida; y al saber que su contrario hallábase en peligro de muerte, rogó le instalasen en el mismo cuarto del enfermo: ni un instante se apartaba de su cabecera, y en sus oraciones pedía á Dios otorgase la salud al que tanto le había hecho sufrir.

No pasaron desapercibidas para el enfermo las solicitudes y el cariñoso trato de Don Luis; así es que aprovechando un corto intervalo en que estaba algo tranquilo, le dijo:—gracias por todo, Luis, pero es inútil, no he de vivir ya mucho; me siento muy mal, y deseo, para descargo de mi conciencia decirlo siguiente, que ha de interesaros mucho.

Vuestro padre se hallaba emigrado en Francia, por haberse sublevado contra su soberano. Como vuestra madre había muerto, y además abrigaba esperanza de su pronto regreso, os dejó al cuidado de un matrimonio amigo suyo, á quien encargó muy expresamente no os llamasen por vuestro ape-



Gracias por todo, Luis....

lido, á fin de ponerlos á cubierto de asechanzas y peligros: entonces tendríais unos diez años. Durante algún tiempo recibió noticias vuestras, pero estas cesaron, sin que vuestro padre lograra saber el por qué de tal silencio, apesar de sus muchas averiguaciones. La casualidad hizo que yo le conociese: yo vivía de la intriga y de toda clase de negocios de mala ley. Adquirí su confianza, me dijo que no podía regresar á España, porque peligraba su cabeza: me habló de un hijo que consideraba perdido. Yo entonces le juré buscarlo por todas partes, siempre que me facilitase todo el dinero que se necesitara, y aun más, le prometí obtener su indulto, fingiéndome poseedor de valiosas influencias. Vuestro padre, que es inmensamente rico, accedió gustoso, emprendí mi viaje y empecé á derrochar en toda clase de vicios cuantas sumas me enviaba. Como era preciso decirle algo, tuve que averiguar, siéndome difícil conseguirlo, que el matrimonio con el que vivíais marchó á Montevideo, que allí murió y os visteis precisado

á regresar á España, pero que seguía ignorando vuestro paradero. Al darle esta noticia, le engañaba miserablemente, porque ya había logrado conoceros, debido también á una extraña coincidencia: era preciso ocultar la verdad para seguir gastando. Por fin tuve que decirla, pero entonces ideé un plan infame, diabólico: buscar un joven que tuviese vuestra misma edad, presentarlo á vuestro padre, para que viese en él al hijo que consideraba perdido; pero obligándolo antes, á trueque de la fortuna que yo le deparaba, á que robase á vuestro padre grandes sumas y las partiese conmigo. Faltaba una prueba para el reconocimiento: el relicario vuestro, que le era muy conocido, pero esa prueba sólo podía conseguirse arrancándola de vuestro pecho; esto precisaba un duelo, una infame superchería, el asesinato. Sólo resta que sepais las señas del domicilio de vuestro padre: en esa cartera las hallaréis.... me siento muy fatigado.... ¿me perdonareis cuanto mal os he causado?

El joven cogió la nudosa y descarnada

mano del moribundo, y estrechándola contra su pecho le dijo con acento conmovido: —yo te perdono, desgraciada víctima de la miseria humana.

Al día siguiente por la mañana, salía para el extranjero, en busca de su padre, el joven Don Luis de Obrón: aquella tarde recibía cristiana sepultura en el cementerio del convento el cadáver de Don Luis Dervas.

El suceso trágico del duelo, fué conocido, comentado y discutido hasta la saciedad por los vecinos de los pueblos inmediatos al Monasterio, quienes hallaron nuevo motivo para considerarlo como un verdadero milagro, que venía á acrecentar más la fé que tenían en el Santo Cristo del Loreto, aquellas honradas gentes.



